

“Observamos cómo cae Octavio”

Migoya vuelve con un libro que es provocador sin necesidad de adentrarse en territorios tórridos al mostrarnos el mundo a través de la mirada de los niños y ponernos frente al trauma de la pérdida de la inocencia.



Migoya junto a su hermano mayor.

Hernán Migoya se hizo famoso, tal vez a su pesar, por el gran zipizape político y mediático que se organizó con su anterior libro, *Todas putas*. Ese libro de relatos, donde se hacían diversos retratos de relaciones humanas variopintas desde ópticas políticamente incorrectas (o sea, desde la visión masculina sin edulcorantes), sirvió de ariete para que el PSOE arremetiera contra el PP porque la editora del libro, por esos azares de la vida, en aquel momento compaginaba su trabajo de editora con el de directora del Instituto de la Mujer. Migoya fue convenientemente vapuleado mientras el libro se vendía a espuestas, que es lo que suele pasar en estos casos. Por eso había expectación por la nueva obra de este guionista de cómics, cineasta y trotamundos del ambiente cultural.

¿Juego de niños?

Quienes esperen un libro tórrido y escabroso en la línea de su anterior obra se quedarán sorprendidos con *Observamos cómo cae*

Octavio, que es una historia protagonizada por tres niños de 4, 8 y 9 años en la que nos asomamos de manera vertiginosa a su mundo infantil en una sociedad de adultos. La novela no solo está protagonizada por los pequeños, sino que vemos la realidad a través de sus ojos. Y su visión del mundo no es precisamente edulcorada ni se parece mucho al universo que la Disney lleva décadas pintando del mundo infantil. Los niños perciben su entorno como un lugar difícil, con unos adultos que creen que ellos *no se enteran* de lo que sucede a su alrededor: de las discusiones familiares, de los problemas económicos que acechan, de las frustraciones de sus mayores... pero se dan muchísima cuenta.

Nos sitúa en un barrio de clase popular, que podría ser cualquier barrio de cualquier ciudad española, y en un tiempo difuso con referentes mezclados desde los años 70 en adelante, un tiempo que tanto podría ser la España de los 70 como la actual. Y ahí vemos cómo los dos hermanos se pelean, se odian y se necesitan; cómo conocen a Mina, una niña gafotas que demuestra tener un coraje que los empuja a indagar en lo más profundo de sus miedos infantiles.

Literatura en colores

La vida no es color de rosa, aunque esta no es en absoluto una novela trágica, en todo caso es una novela que provoca la extrañeza de ser capaces de penetrar en un mundo tan misterioso como es la conciencia de los niños. Y para conseguirlo, la novela maneja un innovador sistema para ayudar a agilizar las entradas y salidas de los pensamientos de los niños. La novela está impresa en diversos colores y cada personaje tiene uno. Cuando hablan, se usa la letra en redonda, normal, y cuando piensan, se pasa a negrita, mucho más gruesa. El resultado, que de entrada puede parecer un tanto psicodélico, funciona muy bien y permite una lectura muy directa que casa perfectamente con la manera de expresarse de los niños, con menos filtros que los mayores, moviéndose más por sensaciones y sentimientos que por toneladas de palabras. **A.I.**



Observamos cómo cae Octavio
Hernán Migoya
Martínez Roca
224 págs. €.